

ATREVERSE A PENSAR LO UTÓPICO TODAVÍA VALE LA PENA

(Si concedemos la *poiesis* de la palabra)

HORACIO CERUTTI GULDBERG

... *fata brumosa*, *fata Morgana*. Este último es el nombre italiano del hada Morgana, que aparece en la saga del legendario rey Arturo. Esta hada podría hacer surgir castillos del aire mismo [...] Luz relumbrando desde el agua imágenes reales, pero que no corresponden a objeto alguno, neblinas y brumas que transforman la atmósfera; colores, reflejos y vibraciones luminosas que parecían surgir desde el lago... (Gabriel Espinosa).

De qué hablamos cuando hablamos de utopía? Así me siento tentado a comenzar estas líneas, porque la polisemia del término me parece la fuente de una gran riqueza especulativa y, al mismo tiempo, generadora de la mayoría de los malentendidos, frustraciones e infecundidades sobre el tema.

Hablar de utopía implica, en primera aproximación, la apertura a un ámbito de preocupaciones sumamente amplio, el cual abarca, quizá, tanto como la historia completa del pensar humano. Y esto, en doble sentido al menos. Porque se asumen las preocupaciones esbozadas por ese pensar en su historia y también, porque se incorporan al ámbito de la reflexión los resultados de prácticamente todas las ciencias en función de los contenidos propuestos para la

utopía. A sabiendas de que esta separación no es válida más allá de un muy limitado sentido analítico, pero sólo con intención expositiva, diría que por su forma y por su contenido la utopía abarca la totalidad del saber humano, al menos como objetivo indicativo o tendencial. Por eso, me encanta repetir la comparación del tratamiento de este tema en relación con la historia del saber (incluyendo ciencia y tecnología) mundial, con lo que ocurriría a una pila de latas en el supermercado cuando uno retira una de abajo y no las de arriba... De esta manera se afectan las tradiciones del saber, cuando se comienza a arañar este tema apasionante y que atañe a lo humano en sus dimensiones más íntimas y sensibles.

Me entusiasma, por otra parte, la posibilidad de redactar estas líneas, porque me

permite amarrar -como en un abrazo- treinta años de reflexiones sobre el tema. Quiero decir, poner en claro qué es lo que yo mismo he logrado sacar en limpio en este ámbito de complejidades interminables¹.

¿Cuáles son las objeciones que saltan ante los ojos reclamando alguna aclaración e impidiendo que se aborde el tema en el momento mismo de colocarlo sobre la mesa de la discusión? ¿Qué bloquea la entrada apropiada en el tema y lleva a permanecer *ad portas*, cuando la voluntad apunta a incorporarse de lleno en el debate? ¿Por qué gozan de buena salud temas como éste que han sido declarados muertos?². Y... resul-

ta que de contingencia justamente trata este tema. Pero, esto requiere ser visto con más calma y paso a paso.

Si somos capaces de precisar unos usos terminológicos elementales, quedaremos en condiciones de avanzar en el tema, sin extraviarnos en discusiones dispersantes. La mayoría de las objeciones frente al mero tratamiento de esta cuestión se disipan - como por arte de magia- cuando se toman en cuenta -eso sí, ¡a rajatabla!- ciertas distinciones -convencionales, por cierto- en el uso de los términos. Porque, es indudable que utopía se dice de muchas maneras. Al menos, en lo que nos concierne, de tres

1. Por ello, mis principales referentes serán mis propias obras, sin ningún afán de protagonismo innecesario en este caso. Remito a: "Itinerarios de la utopía en Nuestra América" en: *Nuestra América*. México, UNAM, año IV, nro. 12, septiembre-diciembre 1984, pp. 11-32; *Ensayos de utopía (I y II)*. Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1989, 150 págs.; *De varia utopica (Ensayos de utopía III)*. Bogotá, Universidad Central, 1989, 127 págs.; *Presagio y tópica del descubrimiento*. México, UNAM, 1991, 156 págs.; "Hacia la utopía de Nuestra América". En: *Ibero-Amerikanisches Archiv; Zeitschrift für Sozialwissenschaften und Geschichte*. Berlin, Neue Folge, Jahrgang 18, 1992, Heft 3-4, pp. 455-465; "Ucronia, Utopía (*Nunquama, Nusquama*)" en: *Albur*; Órgano de los estudiantes del Instituto Superior de Arte, La Habana, año IV. No. XII, mayo 1992, p. 172-175; "¿Teoría de la utopía?". En: Horacio Cerutti Guldberg y Oscar Agüero (coordinadores), *Utopía y Nuestra América*. Quito: Abya-Yala, 1996, p. 93-105.
2. Cf. cómo reconduce a la exigencia de la utopía la reflexión atinada de Augusto Klappenbach sobre *Ética y posmodernidad*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá de Henares, 1990. 118 p.
Conviene retener de manera literal algunas de sus consideraciones a este respecto. "¿Hasta qué punto el abandono de las utopías (vinculadas al pensamiento metafísico) genera una filosofía que se convierte en conservadora en la medida en que carece de todo criterio para enjuiciar la situación presente?" (p. 83). "La posmodernidad ha realizado una labor terapéutica de la mayor importancia en el campo de la moral [... al desfondar] pretextos [metafísicos] para sacrificar la modesta felicidad de los hombres. Pero el vacío que han dejado estos fundamentos resulta intolerable, como ya lo había advertido Nietzsche, y la posmodernidad se ha apresurado a llenar ese abismo (el Ab-grund heideggeriano). Una multitud de "simulacros" ha tomado el lugar del fundamento perdido, ocultando así el gran secreto posmoderno: su carencia de sentido. El poder juega así su última carta" (p. 96). "Ante este panorama ¿puede resultar extraño que se haya difundido en el Occidente industrializado una ética del microgrupo que abandona las utopías de emancipación universal y se limita a buscar acuerdos flexibles y provisionales? La "pérdida del espacio público", la indiferencia política que se respira en los países avanzados y en particular en la juventud, está en relación directa con una estructura de poder que se percibe, de modo más o menos consciente, como inmodificable y fatal, y de la cual se esperan beneficios futuros en la medida en que se logre participar de ella siquiera de forma marginal. Simplificando quizá en exceso, la "ética débil" parece decir: "Puesto que resulta ya impensable un proyecto de emancipación que alcance a la humanidad en su conjunto, aprovechemos el privilegio que nos otorga nuestra pertenencia al Occidente desarrollado y establezcamos acuerdos que nos hagan posible una existencia sin mayores conflictos en nuestro ámbito, prescindiendo de lo que suceda más allá de nuestra vista, o sea, en casi todo el mundo" (p. 98). "Entiéndase bien: esto no significa, al menos necesariamente, renunciar a las utopías como principios reguladores de la acción, sino tan sólo a su **fundamentación metafísica**, es decir, a garantizar esas utopías en un supuesto orden de la naturaleza, la historia, la razón u otro principio semejante que les conceda a la vez su justificación teórica y la seguridad de su cumplimiento. Uno de los supuestos básicos de la posmodernidad, que creemos aceptable, es la toma de conciencia de que no existen garantías ni seguridades, de que cualquier creencia debe saber que no cuenta con una estructura dada de antemano en la que pueda apoyarse sino que debe aceptar el carácter contingente de la realidad" (p. 102).

muy específicas maneras. Como adjetivo “des” calificativo (*utópico*, *-ca*), como sustantivo para designar el género del mismo nombre (*utopía*, *-s*) y como un sustantivo neutro, quizá verboide o una forma nominal del verbo, en tanto aspira a enunciar acción (*lo utópico*, *utopizar*). Anotemos, de paso, la gama de realizabilidades que se pone en juego en esta tripartición. En el primer nivel, *utópico* se asimila a irrealizable en sentido lato. En el segundo nivel, la *utopía* hace realizable en la ficción lo que se sigue afirmando como irrealizable en la realidad. En el tercer nivel, lo *utópico* aparece ya asociado entrañablemente a lo realizable en su sentido más propio, porque además es lo supremamente deseable que se vislumbra como posible en las virtualidades de lo real dado pero, sobre todo, dándose; *in fieri*.

El examen de la estructura del género (de las utopías) ha sido la vía que me permitió atisbar en su momento la estructura de lo utópico como tal. Ésta se condensa y expresa en una tensión entre una realidad intolerable y unos ideales deseables. Conviene aclarar que esto no lleva necesariamente a confundir realidad con ideal (falacia naturalista) y, por tanto, a la objeción de estar cayendo en una mezcla injustificada de planos o niveles de lenguaje y de realidad. Esta tensión conduce -como exigencia ineludible- a experiencias de poder, entendidas -bien entendidas, diría- en tanto poder-hacer³. Aferrarse conceptualmente a la estructura de lo utópico concebida como una tensión entre realidad e ideal tiene un importante rendimiento especulativo, en el sentido de impedir la separación arbitraria entre lo que podríamos denominar dimensiones diagnóstica y propositiva, mante-

niéndolas íntimamente articuladas y evitando atribuir lo utópico de manera arbitraria y esterilizante a una u otra. Ser capaz de aprehender lo utópico en su articulación constituye, probablemente, lo más difícil de conseguir y, sobre todo, de mantener de manera coherente. Pero, de lograrlo, se dispone de un instrumental eurístico capaz de delicadas matizaciones, tanto en el análisis de exponentes del género utópico como del utopizar en general.

Entre tantos fines y muertes, de Dios, del sujeto, de la filosofía, de la historia, la utopía quedaría, por supuesto, comprendida. Tanto por las referencias, cuanto por aquello de que los muertos que vos matais... Pero, conviene detenerse un momento a considerar el punto. Cuando en los sesenta, Herbert Marcuse hablaba del fin de la utopía, lo hacía en un sentido muy distinto a éste. Se refería a que la utopía, concebida -insuficiente y confusamente, según mi punto de vista y si se toman en serio las distinciones terminológicas propuestas más arriba sumadas a la estructura de lo utópico en tanto tensión- como intrínsecamente irrealizable, dejaría de serlo por su misma realizabilidad en la era de la todopoderosa tecnología... Ahora, de lo que se trata es de que la utopía -como parte de los metarrelatos de emancipación- aparece como una ingenuidad, totalitaria y carente de todo fundamento, como no sea un voluntarismo arrogante e irracionalmente violento. Asociada estructuralmente al mito o ilusión del progreso -particularmente en su versión tecnológico moralizante-, la utopía habría caducado, muerto o llegado a su fin -insisto-, no en tanto realizable sino, paradójicamente, en tanto ratificación de su irrealizabilidad. La aventurada afirma-

3. Lo ha mostrado así recientemente en un trabajo sugerente María del Rayo Ramírez Fierro, “Historia, ética y utopía”. México: UIC, 1998, inédito.

ción del fin de la historia, la incluiría como uno de sus supuestos cardinales. Y aquí viene a cuento una inflexión sugerente, surgida en nuestra propia tradición de pensamiento y que conviene explotar a cabalidad. Cuando Fukuyama afirmó temerariamente que la historia habría llegado a su fin, con todos sus matices y rectificaciones incluídas, lo hacía a partir de una lectura de Hegel inspirada en las interpretaciones que oportunamente pergeñara Kojève. Pero, resulta que a partir de esas mismas interpretaciones, seguramente reinterpretadas desde otros parámetros, Oswald de Andrade llegó en Brasil en los años 50 a conclusiones muy divergentes. Habría culminado la edad mesiánica de la humanidad, con todo su autoritarismo y machismo concomitante, paradigmáticamente expresado en el stalinismo, y nos estaríamos abriendo a una nueva era solidaria, amorosa, matriarcal de la historia. Sea lo que fuere de esta interpretación, lo que interesa no es tanto su verosimilitud, sino aprehender del ejemplo, del caso concreto de pensamiento. Cuando se opera con libertad intelectual y asumiendo nuestras coordenadas, se pueden sugerir vías inéditas y muy fecundas para la reflexión. El pensar sobre lo utópico revelaría entonces toda su fecundidad, si se lo asume desde la actitud cultural antropofágica preconizada e indudablemente practicada desde años anteriores por el mismo Oswald.

Con palabras ineludibles dejó marcada Alfonso Reyes, por su parte, la relación de

América con la utopía. Al afirmar: “antes de ser descubierta, América fue soñada”, no sólo enfatizaba la fuerza creadora (realizadora, en sentido fuerte o literal...) del sueño, sino también el carácter de *topos* de la utopía, que tuvo históricamente el continente en la conciencia europea. Las abundantes investigaciones sobre el surgimiento del género utópico en el renacimiento y sus antecedentes en el mundo clásico y medieval, así lo muestran. Debía haber una tierra donde lo soñado fuera posible... Y la hubo. Pero, como lo soñado estaba en enfrentamiento radical con lo que era, requirió de su aislamiento para consolidarse y permanecer. Por eso se trató y se ha tratado generalmente de islas o territorios aislados⁴. Ahora resulta que convendría explorar una nueva matriz de significación. ¿Y si en vez de islas, el Nuevo Mundo ofreciera al magno continente del tema utópico la experiencia y la metáfora de los lagos como medios de realizar sociedades con múltiples matices alternativos diferenciales? El lago aísla, pero comunicando a la vez y esto no aparecía en la tradición de lo utópico ni en el modo de pensar lo espacial del viejo mundo y de la tradicional tradición (valga la redundancia) sobre lo utópico. La sugerencia -a explorar cabalmente- proviene de trabajos multidisciplinarios recientes, los cuales justamente por asumir la complejidad de lo real, permiten abrir ámbitos renovados a la conceptualización de lo deseable; ¡nuevamente trabajando juntas las dimensiones de realidad e ideal en su tensión fecunda!⁵.

-
4. Por eso fue tan estimulante la sugerencia de Jesús Silva Herzog para que en su oportunidad Ezequiel Martínez Estrada investigara la relación de la isla de Cuba con la utopía. Cf. de este último “El Nuevo Mundo, la isla de utopía y la isla de Cuba”. En: *Cuadernos Americanos*. México, año XXII, vol. 127, núm. 2, marzo-abril de 1963, p. 89-122.
 5. Cf. el excepcional estudio de Gabriel Espinosa Pineda, *El embrujo del lago; El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*. México, UNAM, 1996, 432 págs. y los trabajos con motivo de la presentación de este libro en: *Históricas*. México, UNAM, nro. 51, enero-abril 1998, p. 25-36. Dejo constancia aquí de mi agradecimiento al Maestro Jesús Serna por haberme llamado la atención sobre este texto y haberme permitido el acceso a estos materiales.

A los fines del presente trabajo, como breve aportación introductoria a una selección monográfica de materiales sobre utopía y literatura en Nuestra América, conviene deslindar alcances entre fenómenos ligados y fácilmente confundibles: mitos, mesianismos, escatologías, apocalipticismos, antiutopías, ucronías. Procedamos por partes. Los exponentes del género utópico se distinguen de los mitos al menos por los siguientes aspectos. Su autor es individual e identificado, la concepción del tiempo es lineal, evaden la historia en su pretensión de perfección, permanecen estáticas. Los mitos son anónimos en el sentido de frutos comunitarios, su concepción del tiempo es cíclica, se confunden con la historia reemplazándola no pocas veces, se recrean plásticamente. Las antiutopías constituyen exponentes del género que invierten los valores positivos colocando todo lo negativo -irónicamente- en lugar privilegiado. Serían algo así como la perfección de la imperfección. Fuera ya del ámbito del género utópico, los apocalipsis presuponen en la historia un cambio estructural instantáneo y radical de una situación a otra totalmente diversa. No habría propiamente tránsito de una situación dada a otra situación alternativa, sino un salto con claras características tipo tópico *deus ex machina* o de intervención extrahumana. No es el caso de lo utópico, donde el tránsito es un proceso nunca fuera de la historia, nunca evasivo del quehacer humano, siempre viable y consolidable. La escatología presupone la operabilidad actual -se impone el énfasis del término significativo y hasta agónico- de un *telos* prometido también extrahistórico. En lo utópico no sólo no hay garantías extrahumanas de salvación, sino que no hay propuesta de salvación propiamente dicha; no hay nada que salvar, sino más bien tareas por realizar. Los mesianismos son movimientos sociales don-

de lo laico y lo sacral se unen mestizándose. Un líder humano-divino o divino-humano asume la conducción del proceso como una especie de catalizador de fuerzas inahaprensibles de otro modo. Nada de esto se presenta en lo utópico, que si bien no desconoce las dimensiones carismáticas de ciertos liderazgos, no abandona nunca la dimensión secular de lo histórico. Ucronía es una forma de pensar la historia si no hubiera sido como fue. Es un modo de ficcionalizar la historiografía a partir de la manipulación de acontecimientos y tendencias, extrapolando y experimentando con nuevos escenarios -para conceder a la terminología más mediática en uso y aparentemente originada en referencia pseudo sesuda a las relaciones internacionales- ...

Conviene, por lo dicho, mencionar que los exponentes del género utópico operan siempre con el referente de la perfección: ciudad perfecta, sociedad perfecta, mundo perfecto, etc. En cambio lo utópico o el utopizar trabaja con el supuesto de lo perfectible y en contra de la opinión común de que lo mejor es enemigo de lo bueno; siempre busca lo mejor, a sabiendas del riesgo que implica transitar imperceptiblemente hacia la desmesurada pretensión de construir paraísos en la tierra, porque suelen culminar en infiernos... o, peor, en infiernillos.

Por lo visto en estas páginas quizá quede más claro que el azar, la contingencia y no la necesidad es el reino de lo utópico. No así del género utópico que pretende, precisamente, detener el flujo de la historia evadiéndola y presentando como necesario y perfecto -naturalizado o, mejor todavía, desnaturalizado- lo que sólo puede ser contingente y plenamente histórico. El género pretende el control de la fluyente historicidad confundiendo lo trascendente

con lo trascendental. Lo utópico apunta a construir lo que no necesariamente debe ser así, pero puede serlo y depende -en buena medida y entre otros factores- de nosotros, de nuestra imaginación y voluntad, que lo sea efectivamente.

Nuestra América -expresión de por sí utópica, en la medida en que habla de una América que todavía no es nuestra del todo, pero reclama serlo...- está así vertebrada raigalmente como utópica. Por eso Pedro Henríquez Ureña pudo afirmar sin rubor que estábamos vocados a ser “¡Patria de la Justicia!”⁶.

El surgimiento de utopía sólo es atribuible en su génesis a la *poiesis* literaria. En primer término, en el sentido amplio de lo literario hasta el siglo XVIII: lo escrito sobre algo. Después, en el sentido restringido de las bellas letras que se prolonga hasta hoy. Pero, siempre en una ubicación algo forzada. Como si formara parte y no, al mismo tiempo, del mundo de la expresión; como si de la ficción quisiera saltar a la cotidianidad y con la recíproca pretensión (¿sólo eso?) de haber surgido en un ámbito previo al de la ficción y quisiera colarse, filtrarse, inmiscuirse en ella, conservando un soplo de realidad irreductible. Esta relación huidiza, zigzagueante y jugetona de lo utópico (en sus diversas manifestaciones) con la literatura se encuentra expresivamente acuñada en las siguientes líneas a propósito de Jorge Luis Borges:

Citando a Quevedo, Borges empieza su cuento “Utopía de un hombre que está cansado” con característica desconfianza: “Llamóla Utopía, voz griega, cuyo significado es no hay tal lugar”. Tal vez no lo haya, pero el simple hecho de que Eudoro Acevedo cae de sopetón en la incolora ciudad del futuro es evidencia de que ni siquiera nuestro gran escéptico logra resistir del todo la fascinación que lo utópico ejerce -como concepto y como posibilidad- sobre nuestras letras hispanoamericanas⁷.

Desconfianza y fascinación -a una...- constituyen quizá los dos términos que mejor definan la relación de la literatura con el reino polimorfo de lo utópico. Si a ello añadimos el elemento de Nuestra América, tenemos los tres ejes de una relación compleja y nunca culminada del todo. Casi como si cada uno de ellos se quisiera agotar presuntuosamente en sí mismo y no pudiera hacerlo plenamente sin la referencia indispensable a los otros dos.

Conviene detenerse un tanto a examinar algunas dimensiones de la estructura de las utopías para acceder a la naturaleza constituyente de lo utópico y atisbar, luego, rasgos de interpretaciones más pertinentes. Desde el clásico de Tomás Moro, la estructura de las obras del género utópico respetan cierta regularidad: un momento de diagnóstico de la realidad indeseable y un momento de propuesta del ideal

6. Cf. mis trabajos: “Nuestra América... hoy” (introducción para la publicación bilingüe polaco-castellana del texto de José Martí) en: José Martí, *Nuestra América* (Ideas y Semblanzas, 3). Varsovia, Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia, 1992, pp. 25-32 (versión polaca por Danuta Rycerz) y “Pensador generoso” en: Jorge Tena Reyes (editor), *Ponencias de la semana internacional en homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el cincuentenario de su muerte 1946-1996*. Santo Domingo: Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos de la República Dominicana, 1996, p. 148-178.
7. NIEBYLSKI, Dianna C. “Añoranzas de utopía en la poesía de Pablo Neruda y Octavio Paz”. En: Anna Housková and Martin Procházka, *Utopías del Nuevo Mundo* (Actas del Simposio Internacional, Praga, 8 al 10 de junio 1992). Pardubice: Instituto de Literatura Checa y Universal de la Academia Checa de Ciencias y Departamento de Estudios Iberoamericanos de la Univesidad Carolina, 1993, p. 202.

añorado. No corresponde entrar ahora en los detalles y metamorfosis que adopta esta estructura. Lo que interesa destacar es que siempre mantiene sus rasgos básicos, aún cuando alguna de las partes, generalmente la primera, suela aparecer apenas entre líneas o para ser leída como en un negativo fotográfico o como en radiografía. La regularidad, la constancia de esta estructura me llevó a postular que lo propio de lo utópico es la relación de tensión entre las dos partes: lo real intolerable y lo real deseado. Esta hipótesis se revela con tanta fecundidad que permite ‘corregir’ interpretaciones muy prestigiadas. Suele ocurrir que los intérpretes centran su atención en uno de los dos polos y descuidan o minimizan el otro y así toda la fuerza de lo utópico se pierde por desnaturalización del fenómeno mismo. Procurarse sólo del ideal y de la descripción del mundo o ciudad pretendidamente perfectos es haber perdido el sentido mismo de la utopía y a la inversa, descalificar por insuficiente el examen crítico de la realidad vigente desarticula su estructura constituyente. Así, críticos radicales y conservadores naufragan por igual frente a las corrientes embravecidas de lo utópico operante en la historia y, por extensión, en el análisis cuidadoso de los exponentes del género. Esta recomendación es particularmente importante cuando se pretende avanzar en el conocimiento de las manifestaciones utópicas en las obras literarias. Es tal la riqueza y variedad de esas manifestaciones que los críticos tienden a perderse en los mil y un vericuetos por donde asoman sus caras risueñas y hasta burlonas. Muchas clasificaciones de las utopías se han intentado y siempre quedan sus autores y lectores insatisfechos. Quizá aspirar a la exhaustividad es aquí -como en

otros terrenos- una insensatez. Pero, la historia misma de las utopías, desde su génesis, está plagada de insensateces. Hasta cierto punto pareciera que la insensatez les es constitutiva. Se me revela como más fecundo, al menos para los fines de esta aproximación, procurar establecer ciertos modos de manifestarse lo utópico en lo literario, habida cuenta de que tiene razón Anna Housková cuando señala:

La visión utópica de América como un mundo nuevo, abierto a esperanzas ya perdidas en Europa, atraviesa la literatura hispanoamericana desde Cristóbal Colón hasta Alejo Carpentier. Las proyecciones europeas se americanizan concibiendo la utopía como “el destino de América” [Alfonso Reyes]. Sin embargo, varias novelas hispanoamericanas del siglo XX se confrontan con las utopías renacentistas, iluministas o socialistas, implican una polémica con la tradición de la interpretación utópica de su continente⁸.

Entonces y para empezar, *leit motiv* que recorre toda la literatura latinoamericana y clave de interpretación en el siglo XX, en la medida en que varias novelas de esta época confrontan la tradición utópica ínsita a nuestra literatura. Insistamos a la búsqueda de ciertas regularidades en la manifestación de lo utópico en el seno de lo literario; por así decir y con todas las precauciones que implica este léxico: ‘género’ dentro de los géneros literarios. La utopía se manifiesta, siempre operando sobre el eje de la perfección (que puede conducir al otro extremo: la imperfección), como: ciudad ideal; Arcadia, Edad de Oro o paraíso perdido; islas, selvas, campiñas bucólicas;

8. “Polémica con utopías en novelas hispanoamericanas”. En: Anna Housková y Martin Procházka, *Utopías del Nuevo Mundo...* p. 232.

espacio-tiempo cerrados; centros y periferias; estructura de cajas chinas o muñecas rusas con utopías dentro de utopías; distopías o antiutopías; regresos al origen (¿a la semilla o al útero materno?); recuerdos del futuro; ciencia ficción; tecnologías humanizantes bien adentro de la ilusión del progreso... Manifestaciones multívocas de lo utópico que ni remotamente lo agotan; sólo válidas para ilustrarlo en sus expresiones literarias.

Y ha quedado aludido levemente un tema cardinal: las relaciones de lo utópico con el Nuevo Mundo. Conviene recordar aquí que la utopía de la integración confederal latinoamericana está entrañablemente unida con los primeros balbuceos y perplejidades de una historia de la literatura latinoamericana. Así lo ha dejado asentado, en páginas incuestionables, con toda precisión y perspicacia el filósofo uruguayo Arturo Ardao cuando sacó a la luz junto a la labor latinoamericanista del colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889) su labor paralela como precursor de la historia de la literatura latinoamericana, efectuada con más rigor y acuciosidad que la reconocida de Juan María Gutiérrez desde Rodó. Ardao no sólo estudia el asunto, sino que nos ofrece una nueva traducción del texto del "Informe presentado en el Congreso Literario Internacional del Londres" en 1879, directamente del original francés y confrontado con la traducción que en el mismo año de 1879 realizara en Caracas el venezolano Cecilio Acosta⁹. Este texto de Torres Caicedo es tan relevante que merece para la literatura latinoamericana lugar y reconocimiento análogo al filosófico del peruano Francisco García Calderón "Las corrientes filosóficas en la América Lati-

na" presentado al Congreso Internacional de Filosofía de Heidelberg en 1908.

Después de un elogio de los Estados Unidos de América, viene una airada defensa de la desconocida y denigrada realidad de nuestra América Latina, para proponer una periodización triádica de la literatura latinoamericana en: regimen colonial, guerra de la Independencia y fin de la guerra hasta los años en que escribe Torres Caicedo su informe. El también poeta colombiano y primer latinoamericanista en idea y nombre queda entonces en condiciones de preguntarse retóricamente:

... ¿tiene la América Latina una literatura que le sea propia? Sus literatos, ¿tienen originalidad?

Lo que podría dar a nuestra literatura un carácter particular, original, sería el asunto; si nuestros poetas, nuestros escritores, nuestros novelistas [...] se aplicasen a la pintura de nuestras costumbres, de nuestros usos, la materia sería americana. Por desgracia, poseemos pocas producciones de este género.

¿Se trata de la forma, del arte? Naciones nuevas, debemos ir a beber nuestros conocimientos en otras fuentes [...] ¡Y bien! Lo que los americanos deberían esforzarse en hacer, es aprovechar de esa sabiduría sin pasar por esa ignorancia secular.

Nuestra literatura es original en cuanto a la descripción de los objetos, imitativa en todo lo demás [...]

La poesía americana, ¿tiene porvenir?

No se podría dudarlo.

9. Cf. En: *América Latina y la latinidad*. México: UNAM, 1993, Apéndice C), p. 155-168.

La democracia, que según Tocqueville, cierra el pasado de la poesía, le abre el porvenir¹⁰.

Con estos breves fragmentos es suficiente para ilustrar sobre la importancia e interés de este estudio, que no solamente divulgó lo asequible hasta ese momento ante el público internacional que asistió a ese evento, si no que planteó algunas de las cuestiones metodológicas vertebrales que después ocuparían a la historiografía literaria y también, análogamente, a la filosofía en la región. La magna utopía de la unidad de América Latina ejerció, entonces, su sombra bienhechora sobre estos escarceos iniciales de la historiografía de la literatura latinoamericana.

Quizá por eso tiene tanta razón, el colombiano Rafael Gutiérrez Girardot cuando en la vena del dominicano Pedro Henríquez Ureña nos convoca a introducir la categoría utópica en la historiografía literaria a fin de pensar que a la “búsqueda de nuestra expresión” siempre la Edad de Oro estará en el futuro, pendiente, esperándonos anhelante...

Encontrada nuestra expresión, ¡que hable la literatura latinoamericana en su múltivoca utopiedad! ¡Aprehendamos a leerla disoñando!¹¹.

Cuernavaca, enero y marzo de 1999.



10. Cf. versión de Ardao ya citada, p. 162 y 164.

11. El verbo “disoñar” ha sido inventado por el periodista, caricaturista y disoñador antioqueño León Octavio Osorno Aguirre. El verbo quiere reunir en un solo término las ideas de diseñar el futuro a partir del sueño diurno y de ejercitar “el oficio de hacer lo que se piensa y ser consecuente con lo que se anhela. Pues el disoñador es aquel que le da vida a sus sueños”. Cf. Octavio Duque *et al.*, *Disoñadores del futuro; Para cambiar el rumbo*. San Juan de Pasto, Nariño, Colombia, Asociación Para el Desarrollo Campesino/Fundación Colombia Multicolor, 1997, 190 págs.; sobre este libro y la experiencia colectiva que lo hizo posible cf. Julián Sabogal Tamayo, “Los disoñadores son constructores de sueños”. *En: Reto*, Suplemento literario de *Diario del Sur*, Pasto, [s.f.], p. 6-9, fotocopiado. Agradezco a Julián el permitirme acceder a estos materiales tan sugerentes.